

El "murenismo" que la crítica supo construir. Una aproximación a la recepción de los textos de H. A. Murena.

Autor:
Djament, Leonora.

Revista
Filología

2000, N°33 1/2, pp. 241-248



Artículo

EL “MURENISMO” QUE LA CRÍTICA SUPO CONSTRUIR. UNA APROXIMACIÓN A LA RECEPCIÓN DE LOS TEXTOS DE H. A. MURENA

RESUMEN

El propósito del presente trabajo es delinear una primera aproximación a la recepción de los textos de H.A. Murena entre 1949 y 1969 para intentar develar de qué modo y desde qué ámbitos la crítica fomentó la construcción de una lectura hegemónica de sus textos en clave espiritualista, cercenando de este modo toda la productividad que su pensamiento poseía.

Palabras Clave: «Murenismo»; Determinismo telúrico; Esencialismo; *Contorno*; *Sur*; Recepción; Ensayo; Polemista

ABSTRACT

The purpose of this work is to trace guidelines for the study of the reception of Murena's texts between 1949 and 1969, in order to try to understand how his critics built an hegemonic reading of his texts only based on his earlier spiritual ideas. Because of this oblique view, all the productivity of his thought was completely cut off.

Key Words: “Murenismo”- determinism; *Contorno*; *Sur*; Reception; Essay

En algunos artículos anteriores trabajé específicamente lo que considero el pensamiento original y, si se quiere, anticipatorio de Héctor A. Murena en relación a su lectura y traducción temprana de Theodor Adorno y Walter Benjamin. su vertiente mística y telúrica, su compleja relación con los miembros de las revistas *Sur* y *Contorno*, entre otros aspectos. Por este movimiento siempre desplazado y ecléctico dentro del campo cultural argentino, todos los textos que Murena

publicó en vida causaron en todos los ámbitos molestia, irritación, polémica. Esta incomodidad, desconcierto o miopía intelectual hizo que se construyera una lectura hegemónica de sus textos en clave espiritualista. De este modo, se terminó cercenando toda la productividad que sus textos poseían. Es por eso que se puede afirmar que lo que la crítica llamó y sigue llamando “murenismo”, apelando a su determinismo telúrico y a su espiritualismo, está lejos de describir en toda su complejidad el pensamiento de Murena. Hay un dato curioso y es que mientras se producen estos duros comentarios sobre Murena, ningún crítico puede, sin embargo, dejar de reconocer no solo su carácter de polemista sino, sobre todo, la calidad de su prosa. Noé Jitrik, en 1960, en una severa reseña admite: “...aun para atacarlo lo consideraron escritor, hecho de indiscutible rareza en [este] ambiente intelectual”. Y él mismo insiste: “Murena es un escritor auténtico, con capacidad de lenguaje indiscutible y con una vigente sensibilidad...”. Ya en 1949, alguien desde las páginas de la revista *Sur* concedía: “este muchacho que escribe bien...”¹ y León Rozitchner, para citar otro ejemplo, destaca pese a las invectivas de su artículo “las dotes de su expresión”. Pareciera que hay algo en los textos de Murena que se resiste permanentemente a la crítica absoluta y devastadora de sus lectores. (Y no me refiero solamente al evidente compromiso que sobrevuela muchas de las reseñas bibliográficas que se escribían de sus libros.) Hay algo del orden de su escritura, una relación específica con el lenguaje, que produce un resto indigerible y a la vez cautivante para la mayoría de sus contemporáneos. Teniendo en cuenta estas observaciones preliminares, entonces, el propósito de este trabajo es esbozar un primer acercamiento a un análisis de la recepción de los textos de H.A. Murena, a partir de la lectura de ciertas reseñas, aparecidas entre 1949 y 1969 en distintos medios gráficos.

Si bien no me voy a detener aquí en una de las tempranas polémicas o cuasi polémicas provocadas por Murena a partir de “Los penúltimos días” -la columna que escribía en la revista *Sur* entre 1948 y 1950-² sí vale la pena resaltar cierto carácter anticipatorio. Lo que sus críticos le van a cuestionar en estas primeras réplicas es básicamente (con menor o mayor argumento y razón) lo que durante las próximas cinco décadas -hasta el día de hoy- se le criticará a Murena: su determinismo, la gratuidad de sus razonamientos, las grandes sentencias, la carencia de análisis político-económico. Y estas críticas a las que me refiero provienen del corazón mismo de *Sur* y no necesariamente de revistas de la izquierda intelectual argentina. De modo que uno podría sostener que a partir de este momento, 1948, nada de lo que suceda en torno a la recepción de Murena va a ser muy original, puesto que todas las discusiones e impugnaciones están ya

¹ Cfr. referencias bibliográficas. Nelly Saglio.

² Sobre sus intervenciones en la revista *Sur* trabajé particularmente en el artículo “H. A. Murena en *Sur*: una crítica desplazada” (inédito).

cifradas en estas primeras críticas. En este sentido, se podría aventurar que los intelectuales de izquierda argentinos han sido poco originales, y algo miopes también, a la hora de leer los textos de Murena y discutir con él.

En el año 1953, ya es ampliamente conocido, David Viñas y Héctor Murena sostienen una disputa pública que distanciará sus rumbos. Por eso, los hermanos Viñas, Rozitchner y Carlos Correa, entre otros, se reúnen para formar la revista *Contorno* y en este pasaje Murena queda desplazado del grupo. Es curioso, a partir de este momento, el modo y el lugar que elegirán los contornistas para hablar de los textos de Murena. En *Contorno* prácticamente no se lo menciona: algunas pocas veces se lo nombra como alguien radicalmente ajeno al pensamiento de la revista ("voces tan alejadas de nosotros como Murena"),³ y otras tantas se lo invoca solapadamente ("no gozamos de una fórmula para sindicar males, ni para defender soluciones proféticamente satisfactorias").⁴ En cambio, son otros los espacios gráficos que eligen Rozitchner, Alcalde y Jitrik para establecer clara y abiertamente sus disidencias. Me refiero a las revistas *Centro*, *Buenos Aires literaria* o *Ficción*. De modo que lo que se produce es un doble desplazamiento: Murena en tanto intelectual queda relegado del grupo *Contorno*, pero también quedan relegadas de ese lugar de enunciación las lecturas de sus textos.

Dentro de estas lecturas contornistas hechas "desde el contorno", Alcalde y Rozitchner realizan sendas reseñas bibliográficas⁵ de *El juez* -única obra de teatro escrita por Murena-. Uno de los datos más interesantes para constatar es la contundente resonancia y exposición que ya tenía Murena en 1954 (ese mismo año se estaba por publicar *El pecado original de América*). Tanto Alcalde como Rozitchner dan cuenta del "rápido proceso de la experiencia literaria de Murena", "el prestigio literario y la atracción personal del autor, su peculiar capacidad de escandalizar" y hacen mención al "poco frecuente espaldarazo de nuestras dos publicaciones más respetadas" (en alusión a *Sur* y al diario *La Nación*).

En cuanto a las impugnaciones que hacen Rozitchner y Alcalde en sus artículos son más o menos las ya conocidas y las que se irán terminando de consolidar como el *leit motiv* de la crítica a Murena: se lo juzga por metafísico, por sus fuertes aserciones, por su pensamiento teológico y no marxista, por esencialista, reduccionista, irresponsable, etc.. Esta redundancia, retorno e insistencia en los mismos cuestionamientos a Murena irá construyendo un *leit motiv* por parte de la crítica argentina (esto que denominábamos al comienzo del trabajo el "murenismo"). Obviamente, el problema de este *leit motiv* es la falta de produc-

³ AA.VV. (editorial). 1955. "Terrorismo y complicidad", revista *Contorno*. N° 3. Bs. As., septiembre.

⁴ Ismael Viñas (1953).

⁵ León Rozitchner (1954) y Ramón Alcalde (1954).

tividad con la que de aquí en adelante se leerán los textos de Murena. Incluso, habría que rastrear si no son los contornistas quienes condensan y cristalizan esta lectura unidireccional, sesgada, sobre Murena, mirada que perduró hasta hace unos pocos años en la crítica contemporánea argentina.

Volviendo a los textos de Alcalde y Rozitchner, hay un aspecto curioso más: se culpa a Murena por lo que puedan producir sus textos y no tanto por lo que efectivamente dice; más por los efectos y consecuencias de lo que enuncia que por lo que de hecho sostiene. "Murena puede hacerse culpable de retraer a muchos a un misticismo telurizante...", dice Alcalde. Y por eso, le exige responsabilidad (cfr. en *Contorno*: "sentimos que el espíritu es una responsabilidad").⁶ Carlos Viola Soto, desde las páginas de *Sur* ese mismo año, percibe claramente este modo peculiar de clasificarlo: "Murena no es generalmente juzgado ni criticado por sus obras, sino por la esencial resonancia que éstas han alcanzado en determinados sectores, por su consecuencia en determinados círculos y adeptos...".⁷ Me parece que en este temor se deja traslucir, muy a pesar de los mismos críticos, el reconocimiento a un pensamiento distinto y original que se estaba gestando y una preocupación por una mala interpretación e instrumentación que se pudiera hacer de él.

Noé Jitrik, otro de los miembros de *Contorno*, se ocupa seis años más tarde, en 1960, de *Las leyes de la noche*, una de las novelas de Murena. Si las bibliográficas publicadas en *Sur* de sus textos de ficción parecieran ser, en general, más o menos elogiosas y poco polémicas, es Jitrik quien se ocupa de exponer algunas de las ideas que, sin embargo, circulaban largamente.

Como él mismo confiesa, el análisis de esta novela es una excusa para discutir el pensamiento y el comportamiento de Murena. Y en este sentido, hay un dato que Jitrik destaca: Murena empieza combatiendo el mal y a los "comisionistas y portadores" del mal (está aludiendo a una de las primeras intervenciones fuertes de Murena en 1948 desde la revista *Verbum*), pero una década "después Murena prescindió de esta aparentemente obligatoria coherencia y se consagró a execrar el 'mal' desde los *puestos de combate* de sus sostenedores, la revista *Sur* y el diario *La Nación*".⁸ Uno podría decir que es este sencillo gesto físico de "mudanza" de escritorio lo que molesta a los contornistas más que una cuestión profundamente política y de graves diferencias ideológicas. Porque no es cierto que, sobre todo en sus primeros años, el discurso de *Contorno* no haya estado todavía impregnado del imaginario y la retórica del ensayo del ser nacional.

El tono de Jitrik hasta aquí es más o menos amable, conciliador, comprensivo para con Murena; pero luego señala sus divergencias: "Murena no admite

⁶ Ismael Viñas (1953).

⁷ Carlos Viola Soto (1954: 84)

⁸ Noé Jitrik (1960: 52) El subrayado es mío.

la discusión y se maneja con afirmaciones que considera integrantes de un sistema completo que no se puede tomar porque tiene reconocibles fallas". El artículo de Jitrik es de 1960; un año después, podríamos imaginar que Murena le responde específicamente a estos planteos desde el prólogo de su libro *Homo atomicus*: "Y [el autor] está persuadido de que la misión de los autores, más que la de tiranos que dentro del espacio impreso que ocupan procuran hipnotizar y maniatar al lector, debe consistir en *provocar* a éste a que piense por sí (...) Lectores capaces de disentir son los únicos que busca el autor de este libro".⁹

Curiosamente en la misma línea de estos cuestionamientos pero desde *Sur*, Carlos Viola Soto acusa a Murena de *no* producir un ensayo riguroso y científico. En cambio, el ensayo mureniano tiene un "carácter primordialmente estético, es decir que surge de una necesidad estética y se expresa en un lenguaje poético y mediante instrumentos poéticos"...¹⁰ "Murena no es un pensador en sentido lato (...) sino un artista... siente en sí una inevitable propensión a destruir lo que le ha sido dado para reinventarlo todo".¹¹ Alcalde, por su lado, continúa: "al escritor-ensayista no se le exige un sistema como al filósofo, ni un método como al científico, ni la erudición del filólogo o del historiador: solo se le pide que "tenga ideas", sea interesante, ágil y -si es posible- breve. (...) Su ambigua situación entre la filosofía, la ciencia y la creación literaria permiten que se lo valore más por el estilo que por las ideas que contiene y su rigor".¹² Estas críticas en términos de una escritura estética y/o contradictoria muestran cómo solo se podían leer los textos de Murena a partir de operaciones de sistematización y totalización. No había dispositivo de lectura disponible para leerlo de otro modo. Y, sin embargo, la tradición del ensayo que le interesa a Murena es aquella que postula Adorno en su texto "El ensayo como forma". Y es que, de un modo muy adorniano, Murena trabaja a partir de operaciones críticas sobre sus materiales, que producen una mirada negativa del modo tradicional de pensar del intelectual, proclamando desde sus ensayos un "método asistemático".¹³

Otro de los textos sintomático y representativo sobre la recepción de Murena es la reseña de *El pecado original de América*, aparecida en *Sur*, firmada por Carlos Viola Soto.¹⁴ Una vez más parece imperioso desde el comienzo de la reseña dejar en claro que ya en 1954 Murena era un intelectual tan altamente reconocido como cuestionado. Y por eso, Viola Soto siente el deber de comenzar

⁹ Murena (1961: 12).

¹⁰ Viola Soto (1954: 87).

¹¹ *Ibidem*, 90.

¹² Alcalde (1954: 21-2).

¹³ Sobre las características de su ensayo trabajé específicamente en el artículo: "El ensayo como forma: posibilidades de una crítica negativa en Murena", *Boletín/10*, Rosario, UNR, 2002.

¹⁴ Ver referencias bibliográficas.

el artículo defendiendo a Murena de la “crítica maliciosa o el juicio tímidamente encomiástico”¹⁵ y “este inmoderado antimurenismo que flota por allí”.¹⁶ En este sentido, Viola Soto destaca un punto clave en relación a esta invectiva: “Murena era una bandera y el combate se libraba más que contra él, contra lo que él en cierto modo representaba: el blanco era otro”.¹⁷ Asombra que alguien ya en el 54 y desde *Sur* diga esto. Es cierto que Murena sostenía determinadas ideas telúricas, deterministas; pero esa no era toda su bandera y uno de los aspectos más provocativos de sus ensayos es justamente la imposibilidad de leerlos solo en términos de contenido.

“El blanco era otro”, decía Viola Soto. ¿Cuál era el blanco de ataque, entonces? Podríamos decir que la pelea de los miembros de *Contorno* con Murena, (condensada y cristalizada en la pelea Viñas/Murena) no fue tanto contra Murena como contra *Sur* y el diario *La Nación* y todo lo que estos dos medios representaban. Es cierto que había diferencias ideológicas pero, como decíamos, la discusión debió ocurrir no tanto o no solo por un debate de ideas, como por el lugar de enunciación elegido. Y esta teoría es la que verifica Noé Jitrik en el artículo de 1960 que comentábamos. Murena desestabiliza a tal punto el campo intelectual, los grupos supuestamente establecidos y en equilibrio, que incomoda, irrita. Como dice Viola Soto, Murena parece “un aparente desertor”, “un secuaz del enemigo que trata de pactar de romper el equilibrio sin el cual las fracciones desaparecerían”.¹⁸

Si bien Viola Soto se ocupa largamente de justificar y situar a Murena, finalmente, como todos los demás críticos, termina cuestionándolo por intuitivo, no sistemático, por sus contradicciones (“contradicciones que manan más de la necesidad de polémica que de las exigencias o fallas del discurso”).¹⁹ Toda la reseña tiene un movimiento pendular: elogio/crítica, elogio/crítica. Y esta indecisión del crítico, podríamos decir, más que hablar de una falta de rigurosidad, expresa la carga de compromisos y amistades, cariños y rencores hacia Murena.

Estos primeros apuntes para un análisis de la recepción de los textos de Murena podrían cerrarse, momentáneamente, incorporando la lectura de Alejandra Pizarnik²⁰ sobre sus textos. Allí, Pizarnik, como pocos críticos, me parece, pudo apreciar esa resistencia de la escritura mureniana de la que hablábamos al comienzo. Es cierto que en los artículos que le dedica a Murena, Pizarnik analiza sus libros de poemas; sin embargo, creo que no es desacertado afirmar que lo que se señala de su poesía puede sostenerse también de sus ensayos.

¹⁵ Viola Soto (1954: 83).

¹⁶ *Ibidem*, 84.

¹⁷ *Ibidem*, 83.

¹⁸ *Ibidem*, 86.

¹⁹ *Ibidem*, 87.

²⁰ Alejandra Pizarnik (1963, 1965).

Así, dice Pizarnik: "Esta total carencia de gratuidad se debe a que Murena es uno de los poetas menos ambiguos que conocemos: no se sitúa frente al objeto, no lo describe desde afuera, no lo recrea ni rehace conforme a previas normas estéticas".²¹ Por un lado resulta notable esta "carencia de gratuidad" a la que alude Pizarnik cuando justamente toda la crítica desde los primeros años le imputa cierta falta de necesidad de sus ideas (García Pinto en *Sur* en 1950 no duda en afirmar "la gratuidad es la marca de fábrica de sus prosas"). Este rasgo que señala Pizarnik (cuyo alcance quedará pendiente para un próximo trabajo) está directamente relacionado con una política del ensayo y de la escritura específica que Murena va teorizando y realizando a lo largo de los años. Y es por esto que esta no ambigüedad que señala Pizarnik alude a esta relación tan particular y específica entre sujeto y objeto, tan adorniana podríamos decir, en donde como bien dice ella, no se opone nunca un sujeto a un objeto exterior o anterior que debe ser conocido y nombrado, sino que se conoce en una relación no violenta entre ambas partes, se conoce por "la invención de metáforas" (dirá Murena diez años más tarde), en un proceso en el cual el objeto puede recuperar toda su heterogeneidad.

Pareciera que Murena ha hecho el camino inverso al "lógico", al esperable, al aceptado. Como decía Alcalde, "...en una palabra: quiso comenzar por donde otros, después de largos ambages, terminan".²² Murena partió de las certezas y las sentencias en 1948, para llegar a comienzos de los 70 a ensayar un discurso intuitivo, que trabaja con la opacidad, los límites y la no plenitud del lenguaje, interrogando de este modo específico al campo cultural argentino de los últimos cincuenta años.

LEONORA DJAMENT

Universidad de Buenos Aires

²¹ Pizarnik (1963: 89).

²² Alcalde (1954: 21).

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV.. 1993. *Contorno* (selección y prólogo de Carlos Mangone y Jorge Warley). Buenos Aires, CEAL.
- ALCALDE, RAMÓN. 1954. "Teoría y práctica de un teatro argentino. A propósito de H. A. Murena", revista *Buenos Aires literaria*, año II, N° 17, febrero.
- GARCÍA PINTO, JULIO. 1950. "Otro veto de Murena", revista *Sur* N° 183, enero.
- GONZÁLEZ LANUZA, EDUARDO. 1959. Reseña de *Las leyes de la noche*. revista *Sur*, N° 257, marzo-abril.
- JITRIK, NOÉ. 1960. "Un novelista oblicuo", revista *Ficción*, Buenos Aires. N° 23, enero-febrero.
- LANCELOTTI, MARIO. 1957. Reseña de *El centro del infierno*. revista *Sur*, N° 244, enero-febrero.
- MURENA, HÉCTOR. A.. 1961. *Homo atomicus*, Buenos Aires, *Sur*.
- OCAMPO, VICTORIA. 1949. "Antepenúltimos días", revista *Sur*, N° 176, junio.
- PANESI, JORGE. 2000. *Críticas*, Buenos Aires, Norma.
- PIZARNIK, ALEJANDRA. 1965. "Silencios en movimiento", revista *Sur*, N° 294, mayo-junio.
- _____. 1963. "Relámpago de la duración", revista *Cuadernos*. París, N° 74, julio.
- RIOS PATRÓN, JOSÉ LUIS. 1949. "Contestación a Murena", revista *Sur*, N° 179, septiembre.
- ROZITCHNER, LEÓN. 1954. "A propósito del *El juez*. de H.A. Murena", en revista *Centro*, Buenos Aires, año IV, N° 8, julio.
- SAGLIO, NELLY. 1949. "Para Murena en cualquiera de sus días", revista *Sur*, N° 181, noviembre.
- SARLO, BEATRIZ. 2001. *La batalla de las ideas*, Buenos Aires, Ariel.
- _____. 1983. "Los dos ojos de Contorno", *Revista Iberoamericana*, vol. 49, N° 125, Pittsburgh.
- SIGAL, SILVIA. 2002. *Intelectuales y poder en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- TERÁN, OSCAR. 1993. *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires. Ed. El cielo por asalto.
- _____. 1986. *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos.
- TISCORNIA, EDUARDO. 1950. "A murena", revista *Sur* N° 183, enero.
- VÁZQUEZ, JUAN ADOLFO. 1962. Reseña de *Homo atomicus*, revista *Sur*, N° 277, julio-agosto.
- VIÑAS, ISMAEL. 1953. "La tradición de los hombres honestos", revista *Contorno*, N° 1, Buenos Aires, noviembre.
- VIOLA SOTO, CARLOS. 1954. "A propósito de Murena y *El pecado original de América*". revista *Sur*, N° 1, noviembre-diciembre.